**Lunes XXXIII del TO
Ciclo C**

****14 de noviembre de 2022
Ap 1, 1-4; 2, 1-5
Sal 1
Lc 18, 35-43
*P. Eduardo Suanzes, msps*

*No hay más ciego que el que no quiere ver*. Esto dice el dicho de nuestra sabiduría popular. Jesús entra en Jericó y antes del relato que nos ocupa el día de hoy, en el camino de entrada a la ciudad, se encuentra con un ciego que lo llama insistentemente porque ***quiere ver***. Un último, un donnadie, un extraño, pero con nombre (Marcos se cuida mucho de dejarnos su nombre: Bartimeo) al que la gente le pide que se calle y no de la lata***, quiere ver*.**

En el evangelio «ver» implica no sólo conocer algo, enterarse de algo, ***sino abrirse a una nueva forma de mirar la realidad y vivirla[[1]](#footnote-1)***. «Ver» entraña un compromiso vital, una actitud práctica (praxis). El «no querer ver» del dicho castellano refleja que, de algún modo, se sabe cómo son las cosas, pero eso no se quiere hacerlo propio. Se dice muchas veces en el evangelio que los discípulos aparecen como «ciegos» porque no quieren aceptar la vida desprendida y comprometida en amor servicial que Jesús está proponiendo. Frente a los que no quieren ver/vivir el amor arriesgado, los evangelios presentan a personajes que sí quieren arriesgarse a esa nueva forma de vida que implica desapegarse de los apegos anteriores, como el ciego Bartimeo que «quiere ver» y que deja atrás el manto y sus cosas (su vieja-ciega vida) y se va con Jesús por el camino, o Zaqueo, del relato de hoy, que se desprende de la mitad de sus bienes y restituye cuádruplemente a quien ha agraviado. Es decir, que los evangelios muestran que «ver» es posible, que es posible el desapego de sí y de las cosas, y que es posible la vivencia del amor donativo y servicial. Pero, claro, otra cosa es que esa posibilidad sea admitida, asumida y vivida.

Ahora Lucas nos presenta a otro indigno social pero también con nombre: Zaqueo. La gente no le deja ver-acceder a Jesús (como aquello que querían callar Bartimeo) porque no es digno de acercarse al «maestro» ni de molestarle. Zaqueo no «dice» nada, ni usa palabras retóricas, pero «habla» con su ser, con sus actos. Zaqueo habla con su cuerpo que busca. Como el ciego, quiere «ver», quiere encontrarse con Jesús. Zaqueo «mueve su cuerpo» y no se queda en la retórica pasiva de las palabras porque realmente quiere implicarse (como se implican los que llevan al paralítico, que suben y abren el tejado). Y, cuando es llamado, sale de su sitio marginal (como el ciego) y se encuentra con Jesús. Zaqueo se implica vitalmente con Jesús y la aceptación de su propuesta: «lo recibió muy contento» (18,6).

Acepta la propuesta de Jesús (lo recibió «en su casa», en su ámbito, en su ser), confía en Jesús (fe) y sabe ver en su propuesta otro modo de vivir que está por encima del apego a las cosas. Ese es su paso, su salto, su conversión (fe activa). Otros se enteran, pero no lo «ven», no se implican-identifican, y no dan el paso, se quedan callados, tristes y parados (como el magistrado rico), no se van a comer con Jesús, no tiene lugar ese «encuentro» que simbolizaría la comida en su casa. Zaqueo sí puede recibir a Jesús en su casa. Es significativo que, cuando ya están dentro de la casa, a Zaqueo no se le pide nada. Aparece, de repente, diciendo lo que él está dispuesto a hacer. Su acción es una espontánea decisión personal que surge de su encuentro con Jesús. El encuentro, la comida inclusiva que surge por iniciativa de Jesús (como en la primera escena con los publicanos y pecadores), suscita el amor, el desprendimiento, y la salvación.

Otro dato significativo es que a Zaqueo no se le pide que «siga» a Jesús por el camino, ni que renuncie a «todos» sus bienes. Él está desvinculado de la Ley, no ha andado ese camino que «justifica» ante la Ley. Su trayectoria ha sido la de un arrendador del cobro de impuestos, ha hecho su fortuna con abusos, componendas y trapicheos. Tiene dinero, sí, pero carece de «estatus», de rango. «Tiene» mucho (es rico) pero «es» poco, es un pecador, un indigno a los ojos de la Ley (su baja estatura es símbolo de su bajo estatus socio-religioso). La irrupción de Jesús en su vida le enseña que ***«abajando» su «tener» conseguirá «aumentar » su «ser»***. Por eso hace la proclamación de su conversión «puesto en pie», lo que indica su dignificación como persona. Y muestra cuál es su paradójico camino de crecimiento y de salvación: para crecer me parto en dos, me duplico en donación: «doy la mitad de mis bienes a los pobres » y restituyo «cuatro veces» a quien haya estafado.

Por tanto, Zaqueo es símbolo del discipulado sedentario de Jesús, al que no se le pide que lo siga por los caminos dejándolo todo; pero su compromiso con el Maestro también implica una gran renuncia: el desapego de los bienes y del dinero. El discípulo de Jesús debe renunciar a aferrarse a ellos y estar dispuesto a compartirlos «generosamente», no cualquier cosa. Aquí se señala compartir la mitad de lo que uno posee. Zaqueo multiplica ampliamente su donación y su restitución. Ello supone una renuncia importante: nada menos que partir por la mitad los propios bienes. Esta propuesta está hecha desde el realismo: para vivir en una ciudad es necesario el dinero y los bienes. Los discípulos que tienen familia que mantener necesitan de los bienes para subsistir. De ahí que no se les exija la renuncia total, pues deben atender a sus obligaciones. Pero sí que se les pide el desapego y la generosidad para compartirlos con los que nada tienen, los pobres.

Por último, Zaqueo, el impuro y detestable, el despreciado, es también un personaje «ejemplar» frente a los que se tienen por justos, integrados, estimados u honorables. Lo mismo que ejemplifican el samaritano de la parábola, o el publicano que ora de rodillas frente al altivo fariseo, o el mendigo Lázaro que muere a las puertas de la casa del rico. Todos estos relatos son exclusivos de Lucas, junto con otros en los que se insiste en el peligro de las riquezas y del orgullo propio (la posesión de sí mismo). Personajes marginales o reprobables encarnan la fe y la cercanía a Dios frente a los establecidos que, pagados de sí mismos, adoran en la práctica a «otros dioses» (el dinero, ellos mismos...).

La dignificación de los reprobables queda subrayada por la misma actitud reprobable y marginal de Jesús, que se autoinvita a casa de un publicano y acarrea hacia su persona la reprobación general («*todos murmuraban y decían: Se ha hospedado en casa de un pecador*» v.7). La acción de Jesús abre la casa de Zaqueo a la salvación. Su casa deja de ser maldita y es escenario del banquete festivo ya anunciado al comienzo del evangelio, con la comida en casa de Leví. Ahora, al final del camino de Jesús, se muestra la eficacia de su acción inclusiva ya anunciada desde el principio del evangelio: «*No he venido a llamar a justos sino a pecadores, para que se conviertan*» (Lc 5, 32). Ahora, un publicano muestra su conversión, y, con ello, queda demostrado con un ejemplo plástico, significativo y lleno de contrastes, que realmente «*el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*» (v.10). Zaqueo es una demostración de ello y de todo el sentido del camino de Jesús que culmina en esta escena, antes de entrar en Jerusalén para vivir él mismo la entrega de su ser y de su vida.

Zaqueo quiere ver a Jesús, lo que no esperaba era el ser mirado por él. Y de la mirada a la palabra, y de la palabra a la invitación, y de la invitación a la confesión y de la confesión a la declaración universal: “*El Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo perdido*”.

Ahora, Zaqueo se sube a la higuera de nuestra vida porque quiere ver pasar de nuevo a Jesús, pero a Jesús depositado en nuestras vidas. No es mirada curiosa, es actitud de disponibilidad a la conversión y al compromiso.

Los miles de Zaqueos que nos contemplan, que nos buscan, quieren encontrarse con Jesús misericordioso, Jesús cercano y provocador de vida nueva. No quieren ver en nosotros hombres marcados por la ley, por el “deber ser”, hombres creadores de muros que hacen imposible la vista de Jesús. Quieren ver en nosotros hombres dispuestos al encuentro cordial, a la comprensión y no a la condena, al perdón y la salvación y no hombres del rechazo y la distancia.

Una vez, sólo una vez, pasó Jesús por Jericó. A la entrada curó a un ciego de nacimiento, dentro salvó a un hombre de su injusticia y de su dinero, al salir continuó con su voluntad decidida de subir a Jerusalén.

Termino con algunas enseñanzas claves que nos da Zaqueo:

1. Querer ver a Jesús.
2. Saber superar los obstáculos.
3. Saber recibir a Jesús.
4. No dejarse guiar por “el qué dirán”.
5. Humildad para reconocer los propios errores.
6. Mantenerse de pie frente a Jesús signo de que “está resucitando”.
7. Alegría desbordante al escuchar su nombre pronunciado por Jesús.
1. Cfr. Sixto Arriaga*. Comida con Zaqueo: El tener y el ser en juego*. Parroquia de Guadalupe. Madrid. [↑](#footnote-ref-1)